

EL MONASTERIO DE SANTO ECCE-HOMO

¡Aquel cadáver abandonado a la intemperie!

José Caicedo Rojas



PROVINCIA DE
SAN LUIS BERTRÁN
DE COLOMBIA
Frailes Dominicos



**MONASTERIO DE
SANTO ECCE-HOMO**
Fundado en 1620

IUBILÆUM 400



Títulos de la colección
EL MONASTERIO DE SANTO ECCE-HOMO

- Viajero 1: Maravilla colonial de la arquitectura en Colombia
- Viajero 2: El florecimiento del arte mudéjar-toscano en la Nueva Granada
- Viajero 3: ¡Aquel cadáver abandonado a la intemperie!
- Viajero 4: En una masa de tierra regada profusamente de amonitas
- Viajero 5: Y los albores de la evangelización dominicana
- Viajero 6: Obra del corazón, suma del arte
- Viajero 7: Monumento universal del silencio
- Viajero 8: Joya colonial de los dominicos en Colombia

Km. 10 vía Sutamarchán – Santa Sofía, Boyacá (COL.)
Provincia de San Luis Bertrán de Colombia
Tel: (+57.1) 287 8470 – 288 6367
Cel: 318 629 7172 – 316 877 0826
Correo electrónico: monasterioeccehomo@gmail.com

Encuétranos en:



Monasterio del Santo Ecce-Homo



[monasterio_eccehomo](https://www.instagram.com/monasterio_eccehomo)

ISBN: 978-958-99506-8-5



9 789589 950685



MONASTERIO DE
SANTO ECCE HOMO

Fundado en 1620

IUBILÆUM 400

EL MONASTERIO DE **SANTO ECCE-HOMO**

¡Aquel cadáver abandonado a la intemperie!

José Caicedo Rojas



PROVINCIA DE
SAN LUIS BERTRÁN
DE COLOMBIA
Frailes Dominicos

El Monasterio de Santo Ecce-Homo, ¡aquel cadáver abandonado a la intemperie!

Viajero 3

José Caicedo Rojas

ISBN: 978-958-99506-8-5

Tamaño media carta 13.5 x 21.5 cm. N° de páginas: 20

EDITOR

© Derechos reservados

PROVINCIA DE SAN LUIS BERTRÁN DE COLOMBIA

Frailes Dominicanos

Comisión del Jubileo 400 años del Monasterio de Santo Ecce-Homo:

Fr. Diego Orlando Serna Salazar, O.P.

Prior Provincial

Fr. Jaime Monsalve Trujillo

Síndico de la Provincia

Fr. Ferdinando Rodríguez Ruiz, O.P.

Fr. Carlos Arturo Ortiz Vargas, O.P.

Edición preparada por:

Fr. Carlos Arturo Ortiz Vargas, O.P.

Lic. Laura Nataly Vargas Sánchez

Primera edición, 2020

ISBN: 978-958-99506-8-5

Diagramación: Olga Lucía Solano Avellaneda

Impresión: Litoimpres

Chiquinquirá, 15 de marzo de 2020

Debido a que las citas de esta obra conservan su escritura original, podrían observarse algunas faltas ortográficas.



Todos los derechos reservados conforme a la ley
Se permite su reproducción citando fuente

Impreso en Colombia • Printed in Colombia

Viajero:

*Quien quiera que seas tú,
que lees este texto,
aunque jamás hayas saboreado
las inefables dulzuras
de la contemplación de la Verdad
en el silencio y en la soledad,
no niegues tu cariño y respeto
a este lugar privilegiado
de la Gracia y de la Naturaleza.*

PÓRTICO

Con la apertura del **IUBILÆUM** por los 400 años de la fundación del Monasterio de Santo Ecce-Homo en 1620, los frailes dominicos desde sus antiguas y gruesas paredes buscan develar los secretos que aún se esconden en este maravilloso lugar, donde han quedado imborrables huellas prehispánicas, rastros del aporte indígena y del campesinado, la vida consagrada y la evangelización, la educación y la guerra. Por eso es que, por estas razones y más, el Monasterio, a lo largo de tanto tiempo, se ha levantado como: centro de evangelización y para la comprensión de la espiritualidad dominicana; centro de silencio y de reposo; centro de oración y para el retiro espiritual; centro de investigaciones arqueológicas y antropológicas, centro para las observaciones astronómicas; centro del arte y la cultura; centro ecológico al cuidado de la naturaleza y centro turístico internacional religioso.

Apreciado viajero, el texto que tienes en tus manos, que esperamos sea de tu agrado y lo disfrutes, fue editado con motivo de la celebración del año jubilar por los 400 años de la fundación de este Monasterio, **¡aquel cadáver abandonado a la intemperie!** Este escrito fue tomado de la obra original de José Caicedo Rojas¹, *Apuntes de Ranchería y otros escritos escogidos*; capítulo IV dedicado a Antonio José Caro, pp. 165-173; publicado por el Ministerio de Educación de Colombia, volumen 78 de Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, en el año 1945 y que consta de 400 páginas.

1 **José Caicedo Rojas:** Nació el 8 de agosto de 1816 en Bogotá. Novelista, poeta, dramaturgo, ensayista, traductor, educador, historiador, político y defensor de los derechos de los indígenas colombianos. Miembro correspondiente de la Academia española de la Lengua y de número de la colombiana. Aunque en su época tuvo gran importancia política y cultural -dentro de las letras, especialmente-, hoy es apenas recordado. Murió en Bogotá el 20 de octubre de 1898.



EL CONVENTO DE SANTO ECCE-HOMO

¡Aquel cadáver abandonado a la intemperie!

En tiempos de la República, el monasterio volvió a ser cuartel militar. El 15 de diciembre de 1840 y días siguientes, acampó en sus claustros el batallón *La Unión*, formado por jóvenes liberales y conservadores que, al mando de los Generales Pedro Alcántara Herrán y Tomás Cipriano de Mosquera, marchaba al norte en defensa del Gobierno de José Ignacio de Márquez. Los coroneles Manuel González, gobernador del Socorro, Juan José Reyes Patria y Francisco Farfán, abatidos en Buenavista de Chía el 28 de octubre por el coronel Juan José Neira, se habían reorganizado y mantenían la rebelión, pero fueron vencidos el 9 de enero de 1841, en Aratoca. Entre los soldados del batallón se contaban José Eusebio y Antonio José Caro, primos entre sí, poetas ocañeros y José Caicedo Rojas. Este último escribió las memorias de la jornada, que después publicó con otras cosas en *Apuntes de Ranchería* en Bogotá en 1884. Lo referente al Santo Ecce-Homo dice así:²

Pasamos una noche tan buena como la mejor que puede apetecerse en campaña y envidiable si se compara con las penosísimas que pasamos después, durmiendo al raso, tiritando de frío

2 Ariza, fr. Alberto. *El Convento de Santo Ecce-Homo*. Bogotá: Cooperativa Nacional de Artes Gráficas. 1966, p. 137.

o sudando de calor, picados de los alacranes, acosados por los mosquitos, chiribicos y chinches, hostilizados por las niguas y yayas, sufriendo la inedia cruel, la sed devorante, el insomnio y cuantas incomodidades puede imaginar el lector práctico en estas aventuras.

Nada notable ocurrió en los días subsiguientes hasta el 15 (diciembre de 1840) en que, habiendo llegado a Sutamarchán y recibido orden de seguir al Socorro por Moniquirá, para reunirnos con el resto de la división, por haberse también reunido las fuerzas del enemigo, que estaban divididas, llegamos al Valle de Jesús o del Santo Ecce-Homo, llevando la vanguardia.

Este pueblecito miserable tiene un convento de dominicos, abandonado hace muchos años. Las dos palabras *convento* y *abandonado*, cuántas ideas despiertan en el ánimo romántico y cómo pican y estimulan la curiosidad del poeta y del novelista. Ese par de vocablos remueven en la imaginación y traen aparejado todo aquello de musgo, de parásitas, de silencio, de ruidos misteriosos, de pasos que resuenan en las bóvedas, de construcciones derruidas, de largos y oscuros corredores, de lagartos y ranas, de murciélagos y búhos que habitan en las grietas de las ruinas. ¿Cómo no entrar pues, con pie ansioso y con cierto respeto involuntario, en aquel edificio, construido en el punto mismo donde se dividieron los conquistadores que vinieron por el Opón y los primeros religiosos dominicos?

Caro fue el primero que penetró en él y lo recorría solo, a largos pasos, buscando por todas partes alguna inscripción, algún cuadro, alguna cosa que le diese luz sobre el origen, fundación e historia de aquel cadáver abandonado a la intemperie. Agregábase, para aumentar la lobreguez natural del convento, la circunstancia de hallarse solo el pueblo, pues a nuestro paso huían por dondequiera y de todas partes, los vecinos, como los labradores,



temiendo las obligadas visitas domiciliarias de los militares, cosa muy natural en estas pobres gentes, que tiemblan *cuando asoman a lo lejos / de un cuello colorado los reflejos*.

Ni alcaldes, ni curas, ni sacristanes, ni alma viviente encontrábamos en las poblaciones de menor cuantía; así que nos apoderábamos de las casas solitarias para el solo efecto de pasar la noche bajo de techado, pero respetando, eso sí, los lares de nuestros hueraños huéspedes. Los fogones estaban fríos, las cocinas desiertas y mucho era si en un oscuro rincón de una enramada se hallaba una negra cazuela, un calabazo sediento, o media olla que registraba un gato desheredado y huérfano.

Pero nuestra buena fortuna nos llevó a una casita de regular apariencia, que a trasmano de la población y a pocos pasos del convento se hallaba. El que en ella habitaba era una persona de buen aspecto que, no contagiada con el miedo cervical de sus convecinos y no teniendo por qué temer, había permanecido allí para recibir a unos huéspedes de quienes no se sabía que entrasen a saco a las poblaciones y haciendas.

Cuando llegué yo, estaba el buen anciano repartiendo entre los de *La Unión* que se habían presentado primero, una cajeta redonda de conserva de Vélez y un buen medio queso, y lo hacía con una gracia y cordialidad tales que quedamos más encantados del obsequiante que del obsequio, que no es poco decir. Allí mismo se hizo la visita de digestión, que no era posible aplazar para más tarde y despedidos la mayor parte de los conserveros, sólo quedamos allí unos tres o cuatro, entre ellos Antonio Caro, prolongando agradablemente nuestra conversación.

Un cuarto de hora hacía que estábamos departiendo en sabrosa plática cuando comenzamos a oír tiros de fusil, a cien varas de distancia. El primero no nos alarmó porque creímos que se ha-

bría salido el tiro a algún recluta, cosa que sucedía con mucha frecuencia y que en Chiquinquirá nos iba costando caro a más de cuatro, pues nuestro compañero Gaviria dejó caer el fusil en el corredor de la casa donde estábamos agrupados y la bala pasó por entre las piernas de todos, por fortuna sin hacer el menor daño. Pero cuando se repitieron una segunda y una tercera detonación, salimos precipitadamente. Era que nuestros compañeros estaban tirando al blanco, no teniendo otra cosa mejor en qué distraerse y habían puesto por meta sobre una gran piedra una pequeña totuma que había suministrado un soldado del batallón 3°, bien seguro como estaba de que nada le sucedería a esta preciosa alhaja. Más de diez tiros se habían hecho y el blanco permanecía inmóvil; pero a tiempo que nosotros llegábamos, hacía su puntería nuestro malgrado y excelente amigo Juan Hinestrosa.

Con pulso firme y cara risueña miró por un momento la totuma y halando el gatillo, salió la bala y en su camino se la llevó, haciéndola mil pedazos, de los cuales no aparecieron sino dos o tres a larga distancia. La cara que puso Sancho cuando se le perdieron las alforjas no sería más graciosa que la del soldado cuando vio volar por los aires su totuma agujereada que llevaba siempre sujeta a la cintura. Más de cuatro reflexiones haría él, si era capaz de reflexionar, sobre la suerte semejante que podía tocarle a él mismo en esta guerra.

Estimulado Caro por aquel lance, que habíamos aplaudido a estilo de teatro con ruidosas palmadas y bravos, tomó su fusil, lo examinó y mientras ponía el cebo, dijo: *Que me llamen a don Guillermo Tell y a don Pascual Bruno, que quiero darles la segunda lección. Búsquenme un blanco más pequeño que el que había.* Se buscó una totuma más pequeña, pero no pudo hallarse; por fin la suerte deparó en una tienda abandonada un frasco que había estado lleno de agua de colonia hacia algunos años y que servía de adorno en los estantes.

— ¡Que lo pongan acostado!, dijo uno, para que le meta la bala por la boca.

— No puede ser, dijo cándidamente el que lo traía, porque tiene el corcho muy ajustado. Y colocó el frasco sobre la piedra.

Retiróse el tirador a veinte pasos de distancia y haciendo una cuidadosa puntería, cuando guardábamos todos profundo silencio, soltó el tiro... ¡Nada! fue la exclamación unánime. Sin em-



bargo, la bala se llevó una astilla de la piedra, a dos dedos de distancia del blanco. Pidió permiso Caro para hacer un segundo tiro y se le concedió; y cuando ya tenía el fusil preparado, dije yo en alta voz:

— ¡Una botella de champaña a que no acierta!...

— Convenido, dijo riéndose, seguro como estaba de que si perdía no se vería obligado a pagarme la tal champaña, pues por allí no se conocía ni aun de nombre.



Al segundo tiro, el frasco voló también hecho menudos fragmentos...

— En Bogotá arreglaremos cuentas al día siguiente de nuestro regreso, le dije.

— ¡Para allá me la guardas! me contestó con un tono que no se me olvidará jamás y tendiéndome la mano.

— ¡Qué pronóstico!... No pude pagar mi deuda al pobre Caro.

La competencia duró hasta el anochecer y ninguno otro fue tan feliz como nuestros dos amigos. Nos consolaba de esta derrota y de nuestra poca destreza la idea de que en la guerra todo buen cristiano debe tirar al montón y no a persona determinada, a no ser en defensa propia.

Durante el rato que habíamos estado conversando con el anciano de la conserva, nos informó éste, de mil pormenores curiosos sobre la fundación del convento. Era hombre de talento natural y de cierto gracejo e interrogado por Caro sobre este asunto, nos dijo que la iglesia tomaba su nombre de la bellísima imagen de Santo Ecce-Homo que en ella se veneraba, la cual había sido traída a estos reinos, según rezan las crónicas, por un tal Juan de Mayorga, soldado de Carlos V, que se halló en el memorable saco de Roma en 1527 y bien, por devoción, bien por amor al arte, la salvó de la destrucción en aquella jornada. Su nieto, del mismo nombre, soldado del Adelantado don Alonso Luis de Lugo, vino con él a la conquista de estos países y tuvo encomiendas en tierras de Vélez, siendo una de las haciendas que le tocaron la que cedió por los años de 1620 para la fundación del convento, cuyo templo está dedicado al apóstol San Bartolomé.

— Ahora recuerdo haber leído en el historiador Zamora, interrumpió Caro, ser creencia muy recibida la de que este apóstol fue el primer misionero que visitó la América, según todas las tradiciones de los antiguos aborígenes.

— Lástima es, dijo uno de nosotros -probablemente el más des-preocupado- que este edificio no se haya convertido en casas, que darían otro aspecto al pueblo.

— Ese es el sueño dorado de algunos habitantes de las grandes ciudades, que se hacen la ilusión de tener hermosas casas en donde hoy hay conventos y aun de poder fundir, para ayuda de gastos, algunas de las alhajas y vasos sagrados, que dizque no sirven sino para el culto idólatra³.

— Pero confiese usted -dijo el mismo despreocupado que había tomado la palabra- que los conventos afean las poblaciones y como que no las dejan progresar.

— A esa reflexión opondré yo otra, en que ustedes tal vez no se han fijado y no lo hago por fanatismo o superstición, sino como una simple observación curiosa. Noten ustedes que en nuestro país la mayor parte, si no todos los pueblos donde hay conventos suprimidos o abandonados, o caminan a su decadencia, o se hallan estacionarios. Pueden citarse, entre otros, la Villa de Leyva, las ciudades de Tocaima y Muzo, Guaduas, Cartagena -la opulenta Cartagena-, Panamá, que no obstante su posición privilegiada, parece como que se detiene a cada paso en su marcha de progreso y en fin, otras varias poblaciones que o fueron en otro tiempo, o pudieran ser al presente, de mucha consideración.

Entablóse con este motivo una discusión sobre las causas que hubieran podido concurrir a esta decadencia; discusión que el prudente viejo supo cortar hábilmente y que sería inoportuno reproducir aquí.

Supimos de su misma boca que era natural de Girón y pariente muy lejano del doctor Eloy Valenzuela, del modesto sabio granadino, el amigo íntimo y colaborador de Celestino Mutis, cuyos

3 ¡Y dicen que no hay que creer en sueños!

importantes trabajos científicos se perdieron, juntamente con los del mismo Mutis, por la rapacidad del expedicionario Pascual Enrile⁴.

— El nombre de Valenzuela, dijo Caro, habría sido citado por Linneo, como el de Mutis y conocido en Europa, si las circunstancias políticas de nuestro país y España, en los primeros años de este siglo, no hubieran acallado toda otra voz y eclipsado toda gloria que no fuera la de las armas.

Díjonos cómo el doctor Valenzuela se había consagrado desde su juventud, no sólo a trabajos botánicos y geológicos, sino que durante el tiempo que fue cura de Bucaramanga enseñaba a sus feligreses varias industrias útiles y había logrado establecer por sus propios esfuerzos, pequeñas fábricas de tejidos excelentes, tales como alemaniscos y otras telas, de las cuales mandó en varias ocasiones muestras al Rey de España, que fueron muy estimadas y aplaudidas.

— ¡Y que un hombre como este fuera vilmente asesinado por robarle dos o trescientos pesos y algunos miserables objetos de plata labrada, que era todo lo que poseía! exclamó Caro.

— Sí, señor y el santo varón no quiso denunciar a sus asesinos, aunque los conoció muy bien. Ni aun siquiera se dejó examinar las heridas. Créese generalmente que esta resistencia tuvo por objeto evitar que le vieran los cilicios de que estaba cubierto su cuerpo.

Al día siguiente, quiso Caro despedirse del convento antes de partir y me invitó para que lo acompañase. A la luz de la mañana no nos pareció tan lóbrego: es un edificio regular, todo de cantería, con sus cuatro claustros, hospedería, hermosa huerta y todo

4 Hoy resucitados y puestos por el Gobierno español a disposición de nuestro ilustre compatriota Triana, por solicitud de nuestro ministro Holguín.

el servicio necesario. Husmeando por aquí y por allá, hallamos dos o tres retratos ininteligibles, con inscripciones no más claras que ellos y con no poca fatiga logramos descifrarlas. Una de ellas decía, en sustancia: *el V. P. fray Diego Valderas, nieto de uno de los conquistadores de Venezuela y Nuevo Reino de Granada, que vino con Nicolás de Federmán. Otra decía: el V. P. fray Diego Beltrán Pinzón, descendiente de aquellos famosos pilotos Pinzones que descubrieron la América con el Almirante Cristóbal Colón y que, navegando de norte a sur, atravesaron la nea equinoccial y registraron el río Marañón, al que llamaron Mar Dulce.*

Pasamos al refectorio, impregnado todavía con cierto olorcillo a pitanza y al humo de la cercana cocina y sólo hallamos en él, digno de notarse, una inscripción latina que para nosotros era un epigrama, decía en la testera: *Sic edas ut semper esurias*, que Caro, mejor cachifo que yo, tradujo: *Vuestro apetito no se acabe con vuestra comida*, máxima sabia de San Jerónimo, que, de grado o por fuerza, habíamos tenido que observar *Los Uniones* durante varios días; consejo irrisorio para los pobres frailes que no tendrían en su convento sino una escasa pitanza y chistoso epigrama para nosotros en aquella situación, más que cenobítica, franciscana.



El lector me reconvendrá porque entro en estos pormenores, al parecer insignificantes; pero piense que por ser apuntes curiosos y por haberlos escrito en mi cartera *sur-le-champ*, deseo naturalmente consignarlos en alguna parte para que no se pierdan. ¡Qué sé yo si alguna vez podrán ser útiles a alguno!



La víspera de partir dispusieron los jefes que una parte de nuestra compañía marchase para Tunja y la otra siguiese con el ejército para San Gil. Tuvimos, pues, la pena de separarnos aquel día de algunos de nuestros compañeros, cuyos nombres quiero dejar aquí escritos, como un testimonio del dolor que me causó



su separación inesperada y fueron, por orden alfabético y a estilo parlamentario, Bonis Carlos, Castillo José María, Escobar Melitón, Gómez Sergio, Pardo Patricio y Vallarino Tomás.

Pero en compensación, habíamos tenido el placer de abrazar el día anterior a nuestros amigos Vicente Daza y Rafael Ponce, que se habían quedado en Zipaquirá y que, llenos de ardor y anhelando compartir con nosotros las fatigas y los peligros, se nos habían ya reunido. Ese mismo día había llegado también José Eusebio Caro y como suele decirse, a horas de chocolate, pues se halló en el tiroteo del Paso de los Cristales, que tenía lugar en esos momentos.

El no pertenecía a la compañía de *La Unión*, pero se incorporó al ejército sin admitir grado ninguno. Venía en un buen caballo, en traje de orejón, pero nosotros no lo vimos hasta la noche y de la manera más extraña. La escena merecía un cuadrito y en efecto, Castillo lo bosquejó con lápiz. Manuel Mutis, comandante del batallón 2º, que vestía todo de rojo, andaba aquella noche dando vueltas por entre las hogueras que habían encendido los soldados: era la imagen de Satanás. A su lado vimos a otro hombre que conversaba con él, lleno de animación y acercándonos, reconocimos a Caro que, con una chupa verde, grandes zamarras de piel de cabra y enormes espuelas que brillaban con el reflejo de las hogueras, parecía otro diablo, que hablaba con Mefistófeles para urdir algún plan siniestro. En la marcha del día siguiente, viéndonos andar a pie, dejó su caballo y siguió con nosotros, pero conservando siempre sus zamarras y espuelas, que le estorbaban para caminar.

¡Cuántos abrazos y apretones de manos le dimos! La mayor parte de los jóvenes que formaban esta lucida compañía cívica, viven aún muchos de ellos, recibieron una excelente educación y podrán -y aun desearán- escribir sus apuntamientos para ilustrar la historia de nuestras guerras civiles, o por lo menos, están en aptitud de ratificar o rectificar lo que aquí dejo consignado y que brevemente pude apuntar en mi cartera de viaje, escribiendo ya sobre una caja de guerra, ya sobre una piedra, al pie de un árbol, o a la luz de las fogatas del vivac.

COLOFÓN

*En domingo de ramos,
un 15 de marzo del año 1620,
los frailes dominicos
fundaron este monasterio
en la estancia cedida por
don Juan de Mayorga,
encomendero de Sorocotá
y Monquirá.*

*Acabose de imprimir este folleto
en la ciudad de Chiquinquirá
el 15 de marzo de 2020,
día en que se conmemora
la fundación de este monasterio
de los frailes dominicos en Colombia.*



**IUBILÆUM 400
1620-2020**



**MONASTERIO DE
SANTO ECCE HOMO**

Fundado en 1620

IUBILÆUM 400



PROVINCIA DE
SAN LUIS BERTRÁN
DE COLOMBIA
Frailes Dominicos